

## Xavier Rubert de Ventós: *Dios, entre otros inconvenientes*

Anagrama (Colección Argumentos),  
Barcelona (España). 2000, 180 pp.

**D***ios, entre otros inconvenientes* es una de las obras más recientes de Xavier Rubert de Ventós\* en la cual se muestra iconoclasta, lúcido e irónico, al abordar temas tan variados como la vanguardia en el arte, la «corrección política», «la identidad ontológica ante el bien y el mal» y el «ser presumido». Y es que nuestro autor siguió el siguiente criterio en la elaboración de este libro, según sus propias palabras:

¿Recuerdan ustedes aquellos chistes del «en qué se parece»? Pues con parecido criterio he juntado y moldeado yo viejos artículos y nuevos análisis que constituyen este libro. ¿En qué se parecen, por ejemplo, los japoneses, el fundamentalismo, la tele rosa y el Papa?... se parecen al menos en el unánime y militante rechazo intelectual que suscitan —y en mi reacción frente a él.

Los primeros capítulos los dedica a condenar al Dios cristiano, para después perdonarle la vida en el capítulo seis. ¿Su excusa?: «ser todavía demasiado creyente». Le resulta difícil compatibilizar su fe en ese Dios con la CNN, es decir, con el mundo que está ante él. Un Dios que inventó la «espeluznante carnicería que es la Creación» por la que cada especie devora a otra

\* Xavier Rubert de Ventós es catedrático de Estética en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, Santayana Fellow de la Universidad de Harvard y miembro fundador del New York Institute for the Humanities. Ha sido profesor en las tres universidades de Barcelona, así como en las de Cincinnati, Harvard, Berkeley y México. Es miembro fundador del Collegi de Filosofia y director de la cátedra Barcelona-Nueva York. Ha sido parlamentario en las Cortes españolas y en el Parlamento europeo. Tiene una extensa obra sobre filosofía, ética y estética: *Teoría de la sensibilidad* («Lletra d'Or» 1969 de la literatura catalana), *El arte ensimismado, Ensayos sobre el desorden, La estética y sus herejías* (Premio Anagrama de Ensayo), *De la modernidad, Ética sin atributos*. Y en los últimos años escribió sobre temas políticos: *El cortesano y su fantasma, Nacionalismos, El laberinto de la hispanidad, De la identidad a la independencia*.

para sobrevivir y que parece esforzarse por mantener la cuota de dolor humano constante a través del tiempo, no es fácil de armonizar con el discurso cristiano sobre un Dios bondad y amor, digno de fe. Ese Dios cristiano con aspecto de hombre, por ser un Dios personal, padre de sus criaturas, ha suscitado en la mente de cada creyente, en algún momento de su vida, la pregunta que también se hace Rubert de Ventós: ¿cómo puede un Dios bueno, que ama a sus criaturas, permitir su sufrimiento?

Nuestro autor conoce la única solución posible a este dilema que fue elaborada por los Padres de la Iglesia. Ellos sabían que para preservar la cualidad personal de Dios y, al mismo tiempo, extirparle la responsabilidad del mal, había que realizar dos movimientos excluyentes: separarlo del mundo creado y separar al hombre del resto de la creación.

En efecto, nuestro autor considera que el Bien es idéntico al Mal, idéntico a Dios e idéntico al Ser (el 'ser' entendido como «la tendencia de cada cosa a afirmarse en su identidad y a exigir el reconocimiento por parte de los demás»). Las teologías y ontologías fuertes (como la de la Emanación) no aceptan tal postulado y las ontologías más laxas (como la de la creación) transforman al mundo (que es una parte del ser) en algo que se encuentra aparte de Dios. Dios crea un mundo con entidad propia, separado de Él porque se sustrae de su creación, se contrae para dar lugar a un mundo que ya no es Él. Para explicar a un Dios así, Rubert de Ventós propone algo original: utilizar el modelo que Kant aplicó al hombre en la explicación del Dios creador. Es decir, según Kant, el hombre configura el mundo usando sus propias categorías, pero se encuentra con una cosa-en-sí objetiva e inalcanzable. Siguiendo este modelo, «Dios no sería lo que trasciende al mundo, sino el mundo lo que trasciende a Dios: la cosa-en-sí con la que Dios se da de bruces». De aquí se puede inferir que el Mal mundano se deriva de esta autonomía ontológica del mundo. El mundo será malo en la medida en que esté apartado de Dios. Entonces, según Rubert de Ventós este es el verdadero milagro ontológico:

el milagro de un Ser Absoluto y Creador que consigue no ya crear el mundo (lo que sin duda ha de ser para Él relativamente sencillo), sino algo más difícil todavía: retraerse, sustraerse de su propia obra, 'contraerse' como, dicen desde el Tsimtsum hebreo hasta Nicolás de Cusa, para 'hacer sitio', para 'dar lugar' a otra cosa distinta de Él mismo: al mundo, al hombre... ¿o es que existe... mayor milagro que el de un Todo que consigue generar un mundo al tiempo que se sale de él, afirmándose como lo propiamente *inmundo*?

Y, añade, que este invento religioso, barroco y forzado, de la creación permitía sostener que hay un Mal mundano que deriva de tal autonomía ontológica del mundo y del hombre. El mundo fue separado de Dios por obra de la Creación y el hombre por medio del Pecado. Es un mismo acto el que convierte al hombre en «individuo y pecador, consciente y desobediente» y, eso sí, lo hace poseedor activo del libre albedrío.

Sin embargo, para nuestro autor, el «mal aparente» del mundo, no es ni *parte*, ni algo *aparte*, del Ser, sino algo idéntico a Él. «Y tanto el autismo que caracteriza a este Ser, como su metástasis cancerosa... son una y la misma cosa». Así Dios llegó a tener dos jurisdicciones, dos «metástasis cancerosas», con tendencia a la autonomía y con pasión por el ser, el mundo y el hombre, que se esfuerzan por imitar a su Creador.

Esta unión ontológica del bien y el mal se aprecia especialmente en la vida social. De hecho, la inclinación a la solidaridad y la propensión a la agresividad resultan ser el resultado de una misma tendencia: el instinto del Ser a la «identidad», que socialmente se traduce como un «sentimiento de pertinencia y de identificación con un grupo, con un *nosotros* que se resuelve en un *no-a-otros*». En este reconocimiento del 'nosotros' se fundan el bien y el mal humanos, lo que nos hace compasivos, veraces y, al mismo tiempo, envidiosos y asesinos. Pero la tesis de Rubert de Ventós es que no se debe luchar contra esta tendencia, más bien, afirma, hay que evitar que «los motivos y argumentos de nuestro neocortex nos transformen en *depredadores con razón*, en *asesinos con causa*. La causa aducida puede ser la defensa de la civilización o de los valores vernáculos». Y cita a Tolstoi en *Guerra y paz*, para poner un ejemplo de lo que significa el instintivo sentirse parte de un grupo y cómo el bien y el mal humanos son dos caras de una misma moneda: «que a partir del momento en que lo deciden unos jefes, millones de hombres laboriosos y padres de familia honrados y cariñosos cometan toda clase de crímenes, robos, asesinatos, y, más sorprendente aún, que durante todo este tiempo no los consideren crímenes».

¿Qué hacer ante esto? El autor recomienda reconocer que pertenecemos a múltiples colectivos fundados en diferentes códigos, que estamos constituidos por una serie de identidades («familiar, racional, imaginaria, estamental, etc.») cuya combinación nos hace ser los individuos que somos y que la experiencia de los matices de todo lo que nos forma (la multiplicidad que se esfuerza por lograr

la unidad individual) es lo que puede abrir en nosotros un sentido de «pertinencia múltiple, relativo y no excluyente».

Concluye Rubert de Ventós su libro reconociendo que aunque trató de salvarle la vida a Dios, hay algo en lo que el hombre lo aventaja y cita a Séneca: el Creador «debe a su naturaleza el estar exento de temor, el sabio lo debe a sí mismo. He aquí, pues, una cosa verdaderamente grande: *tener la debilidad de un hombre y la seguridad y altivez de un Dios*».

**María Guadalupe Llanes**

Escuela de Filosofía, Universidad Central de Venezuela